



Nadie duda que la educación es un proceso fundamental en la formación de todo ser humano. Las carencias educativas en un país son evidentes, por ejemplo, si el índice de analfabetos es muy alto. O si un gran porcentaje de los habitantes –según ocurre en México– no lleva sus estudios más allá del nivel secundario. De hecho, un buen rendimiento educativo parece ser un privilegio de los países desarrollados, que pueden invertir para que la mayoría de los ciudadanos tengan acceso a escuelas superiores gratuitas.

Desde luego, el cine ha dramatizado en numerosas instancias ese proceso, por lo general concentrándose en un caso particular: un maestro ejemplar que transforma a sus alumnos y les da una enseñanza de vida que trasciende el mero temario escolar. Eso suele derivar en melodramas sentimentales, cuyo paradigma

es *Adiós Mr. Chips* (1938), película británica que resumía en su tímido personaje titular, bien interpretado por Robert Donat, las cualidades que todo maestro debe aspirar a tener.

Otros casos notables donde se ejerce el sentimentalismo han sido *Al maestro con cariño* (1966), también británica, en la que un maestro negro –Sidney Poitier, por supuesto– supera los prejuicios de sus alumnos más rijosos y los convierte en angelitos. Pero la barrera de lo cursi fue traspasada por *La sociedad de poetas muertos* (1989), debido a la almibarada interpretación de Robin Williams como un profesor de inglés que les imparte idealismo (“*carpe diem!*”) y sensibilidad a sus estudiantes.

Más dramáticos han sido los casos como *Semilla de maldad* (1955), dirigida por Richard Brooks, que plantea el dilema de un profesor (Glenn Ford) en-